



SEGUNDO RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE curso 2023-2024

**“LAS PIEDRAS
DE COLORES”**

**UNIVERSIDAD POPULAR
AULA DE LITERATURA
FEBRERO 2024**

ÍNDICE

PIEDRAS PINTADAS	Matilde Santos	4
QUESO DE PALOMA	Cele Lázaro	5
TROPIEZO	J.C. Santa	6
USURPACIÓN	Isabel González	7
VENDRÉ A BUSCARTE	Ángel Rodríguez García	8
PIEDRA A PIEDRA	Marga Gozalo	9
SIN TÍTULO	Pilar Ruiz Estévez	10
COLORES	Concha Ibáñez Montero	11
LA PIEDRA	Vito Cruces	12
MENSAJES	Víctor M. Jiménez Andrada	13
PIEDRA SOBRE PIEDRA	José A. García Feria	14
SIN TÍTULO	Ismael Collado Ciudad	15
PISTAS PARA UN VIAJE	Natividad Martín Ciudad	16
LÁZARO	Blanca Fajardo	17
MENSAJERÍA CASERA	Ángela Velasco Bello	18
CANTOS DE UNA VIDA	Antonio Polo Márquez	19

PIEDRAS PINTADAS

Acabo de mostrarle a Paula el reto de esta semana. “No te lo vas a creer”, le dije emocionada. “Lo único diferente es que son piedras en vez de flores”, añadí. “Esta vez lo tienes fácil” me contestó, como si estuviera cantando. Desde que mi nieta está en Sídney, hablamos casi todos los días por Skipe. He de confesar que este artilugio es una maravilla, sin embargo, nadie sabe hasta qué punto echo de menos las caricias, los besos y los abrazos que alfombraban mi casa, cuando esa preciosa niña vivía conmigo.

La premisa es sencilla: *Todos los días, cuando Martina sale de su casa, se encuentra en el zaguán una piedra del tamaño de una nuez, pintada de colores. Esta mañana, debajo de la piedra, ha descubierto una nota con una frase escrita que la ha dejado perpleja...* Hay que explicar quien coloca la piedra de colores en el zaguán de Martina y qué pone en la nota que ha encontrado esta mañana. Al terminar de hablar con Paula me he sentado delante del ordenador. La mañana está gris, muy a tono con la nostalgia que se zarandea siempre sobre mi piel cuando me desconecto de mi nieta. Cae una lluvia fina que enturbia los cristales. Es probable también que una leve lágrima se esté deslizando por mi mejilla derecha. Me la retiro con la mano y comienzo a teclear.

Martina salía todos los días de su casa a las ocho en punto. Era un esfuerzo que con los años se le hacía más y más cuesta arriba, pero no podía dejar sufrir a Max, tan acostumbrado a su paseo matutino, tan necesitado de evacuar después de tantas horas sin orinar. Hace algo menos de un mes, Martina resbaló y se rompió un tobillo. Desde entonces, cada mañana, cuando la vecina toca el timbre para sacar a Max, ella toma las muletas y abre la puerta. Justo en la maceta que adorna el zaguán descubre una preciosa piedra redonda, lisa y pequeña, como una nuez, pintada con los dibujos y colores más brillantes y alegres del mundo. No hay grises, ni marrones, no hay pardos ni negros, todos son vibrantes fucsias, verdes pistacho, azules turquesa, rojos, naranjas o blancos. Tiene ya una colección de más de quince piedras que, juntas, forman un mandala luminoso, un caleidoscopio mágico que le transmite energía y, al mismo tiempo, le brinda la serenidad que tanto necesita en estos momentos.

No quiere decirle a su vecina que sabe que es ella la que le hace ese obsequio diario. Para qué deshilar su ilusión. Para qué desalojarla de su anonimato diario. Rompería la magia. Sería un gesto inútil. Casi una traición. Hoy, por fin, Martina ha podido abrir la puerta sin muletas y ha ocurrido algo fantástico. Debajo de la piedra había una nota. Perpleja se ha metido hasta el salón, ha cogido las gafas y la ha leído en voz alta, como si alguien, que no fuera ella, tuviera que escuchar lo que decía. Los ojos se le han transformado en cristales de lluvia. El corazón le ha bombeado a un ritmo alocado y ha colmado de alegría hasta su más recóndita célula. Lentamente se ha sentado en el sillón y ha roto su silencio en un llanto profundo, emocionado: *Abuela, sé que has sufrido este mes lejos de mí. Solo he querido regalarte los pedacitos de tierra y de ilusión que tanto te gustan. Sabes que te quiero mucho, muchísimo.*

Por cierto, dale las gracias a tu vecina. Sin ella, este milagroso regalo no habría sido posible.

Matilde Santos Gómez

QUESO DE PALOMA

Cuando era pequeña yo era una niña que comía muy poco. Casi nada me gustaba.

Pasaba los fines de semana con mi abuela y, ella, con mucho cariño y con infinita paciencia me entretenía con toda clase de juegos; me cantaba viejas canciones e inventaba divertidos cuentos para distraerme mientras comía.

Un viernes, cuando llegué a su casa, me dijo que tenía una sorpresa para mí, pero no me la podía enseñar hasta la hora de la cena.

Cuando llegó el momento, apareció con una caja cerrada y, como si de una gran maga se tratara, la abrió con mucho misterio e hizo aparecer ante mí, un precioso queso blanco. El queso no era nada extraordinario, pero ella, con todo el ritual que montó para enseñármelo, hizo que lo pareciera, para terminar diciéndome que era un “queso de paloma”.

Me contó que esa tarde había venido una hermosa paloma con el queso en el pico y le había dicho que si Martina lo comía, a la mañana siguiente encontraría una sorpresa.

Así fue, al día siguiente encontré entre mis cosas una bonita piedra blanca de río, pero decorada con alegres colores y con mi nombre en el anverso.

Me pareció preciosa y esa semana la enseñé a todos mis compañeros de clase. El sábado siguiente se repitió la historia; comí mi trozo de queso correspondiente y me encontré otra piedra finamente decorada, esta vez con pequeñas flores multicolor.

Esto se convirtió en una costumbre y, con el tiempo, conseguí una extraordinaria colección de piedras decoradas que iba guardando en una pequeña vitrina en mi habitación.

Hasta que una semana me encontré una nota junto a mi preciosa piedra: “Martina, tengo que seguir recorriendo muchas partes del mundo para llevar piedras decoradas a otros niños y niñas. En cuanto pueda volveré por aquí”.

Me puse muy triste, me daba pena que la paloma no me trajera mi regalo semanal y, para colmo, mi abuela estaba en el hospital. Se había roto una pierna paseando a orillas del río.

Cele Lázaro

TROPIEZO

Sabemos que fue él quien envió a Martina esas piedras decoradas. Las pintaba con mimo a la luz de farolas que rompían la oscuridad de la noche mientras, paciente, acechaba la llegada de algún transeúnte solitario.

Piedras diferentes, lugares distintos y pasos sin nombre dieron lugar a titulares de prensa diarios que harían temblar los cimientos de una ciudad tan pequeña.

Entretanto, Martina recibía con ilusión aquellas piedrecitas. Imaginaba a su secreto admirador como un romántico enamorado, un poeta del color, un bohemio con apariencia de galán.

Siete caras de colores, siete portadas después, Martina comprobó en una nota manuscrita junto a su última piedra que la pintura fresca, como la sangre, terminan por dejar huella.

J. C. Santa

USURPACIÓN

Martina atesoraba sus mañanas. Eran su momento de paz: su café, su rato de lectura, su ducha. Era una danza practicada, rutinaria. Pero aquella mañana se iba a romper su ilusión de control. En el alféizar de la ventana, reposando al sol, yacía una pequeña piedra de río decorada con colores vivos. Desconcertada, la levantó. Había un mensaje bajo la piedra: *Tienes algo que no te pertenece.*

“La casa”, pensó inmediatamente con el pulso acelerado. No podía ser, ella la había heredado legalmente hacía varios años; la tía Victoria murió sin hijos ni parientes cercanos. Es cierto que estaba *el otro sobrino*, como Martina lo llamaba en su mente, que emigró hacía mucho tiempo a América y no volvió a dar señales de vida. ¿Sería posible que fuera él? No tendría sentido, sería una broma. Sí, eso es. Aquella noche, entre una película y una buena cena, Martina ya lo había olvidado.

A la mañana siguiente, otra piedra esperaba en la ventana. *Tú sabes que ese legado no es tuyo.* Irritada, decidió acudir a la policía. Dos horas después y tras una larga discusión salía de la comisaría sin ninguna solución: los agentes no tenían suficientes indicios de delito que llevaran a iniciar una investigación. Solo de pensarlo le hervía la sangre. “Será un bromista”, “ignóralo y ya verás cómo lo dejan”, le dijeron. Pero el acoso no cesó. Cada día los mensajes iban escalando: *Devuelve lo robado. Restituye ese legado a su dueño. Sabes que esa obra no la has escrito tú.* Con este último mensaje, Martina sintió que el suelo bajo sus pies desaparecía.

“No se refieren a la casa. Lo saben”. Paseó de un lado a otro, su mente hundida en una espiral de angustia y culpa. Sabían lo del manuscrito. Que lo había encontrado en la casa de la tía Victoria. Que lo había rescatado de un baúl y lo había publicado con su propio nombre. Que la fortuna que había conseguido era gracias a un libro robado. Siempre imaginó que lo había escrito su tía, pero ahora la duda se instalaba en su mente: ¿sería posible que el autor del manuscrito fuera la persona que la acosaba con sus mensajes? Parecía que su pasado la había alcanzado por fin para torturarla.

Con el último mensaje, Martina tomó su decisión. Iría al lugar y a la hora que le indicaba y terminaría con todo ese misterio. Cuando recorría los senderos vacíos del parque, Martina empezaba a cuestionar su decisión. Era una noche con niebla densa y húmeda, que entumecía sus músculos. Ni un alma alrededor. Solo se distinguía una figura alta y erguida esperándola. Martina no le reconoció, parecía mayor pero con un aire juvenil innegable. Se atrevió a acercarse. Al ver esos ojos resolutivos y llenos de determinación, una imagen nítida acudió a su mente. Era la misma persona que aparecía en una vieja fotografía abrazando a su tía. Los dos eran muy jóvenes entonces, pero aquellos ojos eran los mismos y su rostro, ahora surcado de arrugas, no podría confundirse con otro. Y entonces lo supo. Su mirada imperturbable le transmitió la firme determinación de llegar hasta el final.

Isabel González

VENDRÉ A BUSCARTE ESTA NOCHE

¡Que sirva esta carta como manifiesto en mi descarga! No busque usted más razones que las que voy a resumirle. En realidad, la muerte de Martina no es tal, ella está viva, sí y bien viva. Aunque ya no habite este mundo que ustedes consideran único.

Allá, en ese pueblo lejano y fronterizo, nacimos los dos, aunque no éramos exactamente amigos, porque entonces los niños y las niñas jugábamos y vivíamos separados, como mandaban las costumbres. Yo siempre cultivé una secreta admiración por su pelo largo y rubio, sus ojos azules y los vestidos de cuadros, como uniformes de colegio de monjas. A veces jugábamos candorosamente los dos grupos y desde entonces, creí percibir un sentimiento de reciprocidad en sus miradas o sus gestos. Más tarde, cuando el destino separó nuestros caminos y pasaron los años, yo creí olvidada mi secreta y primera devoción por esa alma femenina. Hasta hace exactamente trece días.

Las piedras pintadas que ustedes encontrarán seguramente en su casa, son de río, cantos rodados y no tienen más significado que el estético; decorar arenisca pulida con colores vivos, llama la atención y quizás provoquen una sonrisa. Esa mueca bellísima y enigmática fue lo primero que me cautivó de ella en la niñez, ahora, después de tantos años, todavía mantiene ese rictus tan atractivo, aunque ya un poco fatigado.

Esta mañana le he dejado una nota debajo de la piedra. Ella sabe que nos encontraremos esta noche y que volaremos juntos, por los siglos. Dentro de algún tiempo le diré que somos de ese pueblo de Transilvania, tan lejano, tan agreste, tan distinto a cualquier otro y que, desde siempre, ella y yo tenemos un destino común.

Ángel Rodríguez García

PIEDRA A PIEDRA

Le decían que, en sus conversaciones, se notaba mucha nostalgia del pasado... y era cierto. María acababa de cumplir los treinta y uno, pero tenía la sensación de que las ilusiones de su juventud ya habían pasado. Su vida era monótona, de casa al trabajo y del trabajo al sofá donde las series y las novelas llenaban su tiempo. Solo un discreto suceso había interrumpido el predecible curso de su existencia: una piedra. Mejor dicho, una serie de ellas que aparecían en el portal de su casa cada mañana y le provocaban curiosidad y una extraña inquietud. Encontró la primera hace tres semanas, era pequeña y estaba pintada a todo color, con un dibujo que recordaba la locomotora de un tren. Decidió guardarla para su sobrina Sofía. Día tras día, piedra tras piedra, el pequeño hallazgo se ha convertido en un ritual que llena sus pensamientos y la caja en la que las va depositando. Aunque se dice a sí misma que debe tratarse de un juego infantil, baja las escaleras cada mañana llena de expectación.

Hoy es sábado y su sobrina va a pasar el día con ella. Al salir de casa, por primera vez, se ha encontrado bajo la piedra una nota de papel. No tiene mucho tiempo para pensar en ello: su hermana aparece con Sofía y la consabida bolsa llena de juguetes y ropa de cambio. Nada más llegar al salón de su casa, la pequeña repara en la colección de piedras que su tía ha ido guardando para ella. Parloteando sin parar las va colocando de mil formas, mientras se inventa una película que María escucha divertida desde la cocina.

—Tita ¿nos vamos hoy a la estación?— pregunta Sofía al cabo de un rato.

María intenta recordar qué atractivo puede tener ese lugar, casi fantasma, para una niña, hasta que observa el conjunto de piedras que ha estado almacenando y que, colocadas como un puzle, conforman la colorida estampa naif de la vieja estación de trenes. Un par de piedras componen parte del gran reloj de la fachada que parece marcar una hora imposible. En ese momento repara en que todavía guarda en el bolso la última piedra y un trozo de papel en el que se pueden leer dos palabras: “Esta tarde”.

A María no le parece prudente acudir a esa extraña cita y mucho menos hacerlo con una niña pero, cuando saca de su bolsillo la última piedra y ve que esta encaja en la esfera del reloj, entiende que hay otra pieza que todavía tiene que encajar.

A la hora prevista María y Sofía están entrando de la mano en la solitaria estación que ya no tiene ni cafetería ni kiosco de prensa. María nota que el corazón le da un vuelco al reconocer a Alonso que, sentado junto a la taquilla, las mira con tímida tristeza. Está muy cambiado y castigado por los años. Va a levantarse para acercarse a ellas. Ahora es él quien necesita tener con María esa conversación. Aquella que ella echó tanto de menos cuando desapareció de su vida hace seis años, sin una explicación, dejando su corazón desgarrado y los relojes de la ilusión parados para siempre. Años en los que tuvo que luchar contra la desesperación y restaurar, piedra a piedra, su fortaleza interior.

—Vámonos Sofía— le dice a la niña sin titubear. —Aquí no podemos comprar un helado.

Marga Gozalo

Vivo en este barrio de edificios altos, con ladrillos rojos, todos iguales, desde que emigré de mi pequeña ciudad china, próxima a Xi'an, hace más de veinte años reclamado por mi tío Chan propietario de una librería de libros de autores chinos. La librería tenía mucho éxito entre la población china y en el creciente aumento de los estudiantes españoles del idioma chino. Para ampliar esa necesidad de plantilla, se acordó de mí. Cuando se jubiló le sucedí en la propiedad de la librería. Mi pequeño apartamento tiene una sola estancia donde se ubica mi cama abatible, una mesa baja decorada, un par de sillones, la pequeña zona de cocinar que a la vez me sirve para comer y la zona del baño separada del resto por un biombo. Lo más importante del lugar donde habito es la gran ventana situada hacia el edificio de enfrente, ambos separados por un pequeño parque con cuatro bancos, donde conviven los mayores de la zona con los niños de los jóvenes matrimonios que han ido reemplazando a los vecinos que ya no están con nosotros y también los perros acompañados por sus paseadores, que cada día aumentan su espacio en el parque.

Desde mi ventana puedo ver la ventana de la vivienda de Martina y el zaguán del edificio por donde la veo salir cada mañana. Ella no lo sabe, pero soy yo quien le deja, todos los días, una piedra de colores, donde dibujo una sonrisa para que se dibuje también en su rostro. Hoy me he atrevido a ir un paso más adelante. Debajo de la piedra de colores que le he dejado a Martina, le he escrito, en una nota, una declaración de amor en chino.

Esta mañana, como cada día, Martina busca en el zaguán la piedra de colores que espera encontrar cada mañana. Con mucha ilusión la recoge y encuentra debajo de ella una nota, la abre y se queda perpleja,

— ¡No entiendo nada! ¡Estas letras parecen chinas!

Pilar Ruiz Estévez

COLORES

No puede ser. Otra piedra. Esta vez azul con lunares rojos. Ayer era naranja con rayos rosados. Y anteayer... verde con una espiral dorada. Martina mira las puertas de su zaguán intentando imaginar quien las pone ahí cada mañana. Debe ser algún vecino. Pero las personas que viven en los bajos son mayores y no parece que tengan mucha predisposición a pintar piedras.

Lleva ya días recogiendo cada mañana una piedrecita del tamaño de una nuez que guarda presurosa y emocionada. Camina con ella en el bolsillo y la acaricia con mimo. La saca en la oficina y la contempla mientras el ordenador se pone en marcha. Y termina por la tarde en la estantería de su casa, diferente a las otras, y a la vez tan iguales todas entre sí.

Sin embargo, la piedra de hoy traía una novedad que ha roto el hechizo de las últimas semanas. Una nota que daba aún mayor misterio a toda esta parafernalia diaria de colores:

Me gustaría hablar contigo esta noche. Te espero en la puerta de la calle a las nueve.

¿Qué hacer? Le da un poquito de miedo acudir. Puede ser un loco peligroso. Pero siente una gran curiosidad.

¿Podría ser su padre? Aquel artista que las dejó cuando ella era una niña pequeña y del que nunca más supieron nada. ¿Y si es Nina? Su compañera de colegio, aquella con la que estaba tan unida y que sabía combinar colores y formas con auténtica maestría cuando solo eran unas locuelas adolescentes. ¿Y si fuera Julio? Aquí un nudo se ciñe a su estómago y se le seca la boca solo de recordar sus besos, su calor, la forma de sus manos rodeándole la cintura, su gesto taciturno cuando se concentraba ante alguna de sus creaciones.

Y por eso, ha decidido bajar a la calle cuando den las nueve. No sabe quién podrá ser, pero le intriga y no puede dejar pasar esta oportunidad, aunque desaparezca para siempre la ilusión de cada mañana antes de atrapar su dosis diaria de color en su mundo gris y monótono.

Y en la puerta está Mario, el hijo de la señora Pepa, la amable vecina del Bajo A que siempre saludaba con una sonrisa y a la que hace tiempo que no ve. Cierto, estaba en una residencia de ancianos ¿Qué habrá sido de ella?

Y estas fueron las palabras que Mario le dedicó:

—Buenas noches, Martina. Solo quería que supieras que mi madre acaba de fallecer. Ya no habrá más piedras, pues eran la forma que ella tenía de devolverte la luz que le diste a su vida.

Concha Ibáñez Montero

LA PIEDRA

Desde hacía unos meses, cada mañana, cuando Martina salía de casa, encontraba en el zaguán una piedra pequeña pintada de colores. Hoy, debajo de la piedra, ha descubierto una nota. Recogió el papel del suelo y, con inmensa curiosidad, se dispuso a leer la siguiente frase: *Vendré a verte a las cinco de la tarde*. Estaba escrita a mano, con un bolígrafo rojo. ¿Quién será? ¿Qué querrá de mí? ¿Debo avisar a la policía? Se preguntaba con cierta inquietud. A través de los rasgos de las letras quiso descubrir al autor, así que paseó varias veces la vista por el mensaje. Y tras creer averiguarlo, exclamó en voz baja: ¡Imposible! ¡Absurdo!

A la hora indicada, con gran temor, puso el ojo en la mirilla de la puerta, sin olvidarse de coger el móvil por si tenía que pedir ayuda. Un señor de mediana estatura, gordo y calvo esperaba en el umbral a que abriera la puerta. No podía ser quien ella había imaginado. En nada se parecía a aquel joven apuesto y tímido del que estuvo, algún tiempo, enamorada.

– ¿Quién eres?

– ¿No te acuerdas de mí? Soy Rafael Alonso Martín, tu compañero de instituto. Te gustaba escribir en color rojo y pintar piedras. Por eso te las envíe.

–Y ¿qué quieres?

– ¿Podemos hablar cara a cara?

Cuando Rafael se quedó viudo regresó al pueblo. Supo que se había divorciado su amor platónico y quiso poner fin a su soledad. Pero ella tenía otros planes.

Vito Cruces

MENSAJES

Tengo que confesar que al principio creí que era una de esas estúpidas bromas de los muchachos del barrio. Me temen y me odian a partes iguales. Y yo hago todo lo posible por resultar desagradable, lo reconozco. Desde que él murió, he asumido el papel de vieja bruja solitaria. Y lo interpreto lo mejor que sé.

Hace semanas que apareció la primera piedrecita. Su llamativa decoración destacaba en el zaguán gris de mi casa, como un día soleado en la rutina de un otoño nuboso. Le di una patada sospechando la procedencia. Pero cuando el asunto se fue repitiendo tuve claro que no era cosa de esos ignorantes jovencitos a los que les falta constancia hasta para atarse los zapatos.

Menos las primeras, he ido guardando cada piedra en un tarro grande de cristal. Son tan bonitas. Me recuerdan tanto a mi niñez y a otros tiempos pasados. La memoria endulza lo pretérito y hace que lo veamos con una mezcla insoportable de ternura y añoranza.

La piedra de esta mañana venía con algo más. Un pequeño papel doblado debajo de ella. No he podido evitar un temblor: tanto tiempo esperando este mensaje, que ahora me parece mentira. He cambiado las sábanas y me he puesto mi mejor camisón. Me he tumbado y estoy aquí esperando, con los ojos abiertos, mirando al techo, emocionada y, por fin, dispuesta a descansar.

Víctor M. Jiménez Andrada

PIEDRA SOBRE PIEDRA

Saliendo de la plaza por un costado se accedía a la casa señorial, una de tantas en aquel enclave, donde se levantaba la iglesia parroquial del siglo XVI, junto a un paseo con barandas. Los recuerdos de Martina viajaban a sus tiempos de niña, entrando en el zaguán desde la calle, viendo a la derecha la puerta de la consulta de su padre, médico de pueblo, terrateniente y dueño de algunos negocios locales.

Al fondo, esa gran puerta de forja con cristales de colores. Añoraba a aquella mujer del servicio que tantas atenciones tuvo con ella, eran otros tiempos y la recordaba pasando la aljofifa sobre aquellas baldosas color bermellón de la entrada dándole un lustre especial.

Un día se disponía a salir a la calle y en ese mismo espacio encontró una piedra pintada del tamaño de una nuez simulando a una mariquita en rojo y negro, con sus ojitos y boca en blanco, se la guardó y, en principio, no podía encontrar explicación al hallazgo. Al día siguiente se encontró con otra sorpresa y la piedra simulaba a una rana pintada en verde.

Continuó la serie y, esta vez, dominaba sobre el trocito de mineral el azul simulando un cielo amplio coronado por una luna blanca, originando un gran contraste sobre el suelo que, todo en negro, representaba un cementerio con dos cruces y una losa, junto a un árbol seco que elevaba sus ramas hacia lo más alto. Así descubrió nuevas entregas, acaparando distintas formas y colores. Intentó ordenar todo aquello y buscar la razón de aquel muestrario variopinto, abrió el abanico de las conjeturas mientras se hundía en un mar de dudas: la mariquita podría traerle buena suerte, éxitos. El color rojo, fuerza interior, pasión, amor, sexo. La rana podría traer la prosperidad y el color verde la esperanza y la renovación.

Otra mañana, tras recabar con prisa los pocos utensilios de cocina, salió y allí tenía su nueva entrega en medio de la frescura del zaguán, otra piedra que por esta vez se posaba sobre una nota escrita que la dejó perpleja. Sin embargo pensó con alegría que podría salir de su nudo gordiano y encontraría respuestas más certeras, sonreía mientras leyó: "Tienda Esotérica-Nirvana" le invita a su próxima apertura en calle Bailén, número 19. Minerales. Piedras protectoras y energéticas. Velas. Tarot..."

Sí, eran otros tiempos y mientras pasaba por la puerta principal de la iglesia, con decoración plateresca, se preguntaba Martina hasta dónde podrían llegar las sutiles técnicas del mercadeo.

José A. García Feria

Todos los días, cuando Martina salía de casa, se encontraba unas piedras extrañas pintadas en el zaguán. No le dio mucha importancia, así que cada piedra que se encontraba la tiraba a los jardines contiguos.

Martina era una mujer muy ocupada y que dedicaba la mayor parte de su tiempo a su trabajo, dejando de lado a su familia. Esto produjo muchos malos momentos en su matrimonio, haciendo que al final este terminara abruptamente y con una separación para nada amistosa. Por supuesto, el que pagó la mayor parte de esto fue su hijo. Martina ganó la custodia total, pero eso no hizo que le dedicara más tiempo, ya que contrataba niñeras y le compraba regalos constantemente para mantenerlo contento. Prácticamente no conocía a su hijo hasta que llegó ese día.

Ese fatídico día, salía de casa con prisas, como siempre, camino del colegio para dejar a su hijo, antes de ir al trabajo. Aquel día llegaba especialmente tarde, porque su hijo se había quedado dormido, así que Martina se cabreó con él. Entre las prisas que tenía y su enfado, no vio un semáforo en rojo, haciendo que aquella furgoneta de reparto la arrollara por el lateral y la desplazara más de 50 metros, quedando el coche destrozado. Una sensación de terror recorrió todo su cuerpo. Notó como si despertaba de un sueño en el que llevaba años. Todas sus preocupaciones hasta ese momento se esfumaron y todo lo que le importaba desapareció de su mente, solo le preocupaba su hijo, el cual agonizaba en el asiento trasero.

En el hospital le dijeron que no sabían si iba a despertar. Durante ese tiempo se dio cuenta de lo mal que se había portado y lo mala madre que había sido. No se separó de su hijo en meses, le leía cuentos todos los días, y cuando se quedaba sin ellos, se los inventaba. Después de un tiempo vino la depresión, y dejó de ir al hospital.

Una mañana, Martina se encontró de nuevo, como todos los días, una piedra pintada en el zaguán de su casa, y cuando fue a cogerla para tirarla a los setos, comprobó que tenía una nota debajo con una sencilla frase: “Por favor, cuéntame más cuentos, mamá, te echo de menos”

Se quedó mirando la nota durante unos minutos, después fue a buscar rápidamente las piedras que había estado tirando y se dio cuenta de que sus dibujos eran los personajes de los cuentos que le había estado contando a su hijo. Una alegría indescriptible se apoderó de ella y corrió al hospital.

Los médicos comprobaron que su hijo padecía sonambulismo, y que todas las noches, estando en coma, había cogido las pinturas que había en la sala infantil, había salido del hospital, y con una de las piedras que tenía en el entorno cercano, la había pintado y se había acercado andando hasta su casa, la cual estaba muy cerca, para dejarla en el zaguán, volviendo de nuevo al hospital y acostándose en su cama, todo esto durante días.

Al cabo de 2 meses, el pequeño despertó. Lo primero que vio fue a su madre, llorando, así que él también empezó a llorar. Se abrazaron en un momento que duraría una eternidad.

Martina nunca volvió a ser la misma. Dejó su trabajo y se volcó en su hijo, permitiendo también que, aunque ya nunca como pareja, su padre y ex-marido volviera a su vida.

Ismael Collado Ciudad

PISTAS PARA UN VIAJE

Martina y Juan se conocieron en un viaje por Sudáfrica hará unos diez años, buscaron y consiguieron destinos profesionales en una misma ciudad y desde entonces son pareja; disfrutaban de un nivel económico medio-alto lo que les permite vivir en una casa que, a diferencia de los pisos modernos, se permite el lujo de disponer incluso de zaguán.

Aunque se puede decir que fue el destino el que hizo que coincidieran en aquel viaje, este quizás no hubiera tenido tanto éxito sin esa inmensa afición de los dos por viajar que ya tenían entonces y que siguen manteniendo; siempre que disponen de tiempo aprovechan para aprender de nuevos lugares, de sus culturas y de sus gentes.

La mayoría de los nuevos destinos los planifican juntos, pero como una especie de juego y para seguir alimentando el gusto por los detalles y la emoción de las sorpresas, han optado porque de vez en cuando sea solo uno de ellos el que elija y organice un viaje y vaya dejando pistas para que el otro intente descubrir el destino.

En esta ocasión ha sido Juan el organizador. Desde hace ocho días Martina, cada mañana al pasar por el zaguán camino del trabajo, descubre sobre la mesita del rincón una piedra del tamaño de una nuez decorada con distintos motivos siempre acompañados de una palabra; en la del primer día no le costó mucho trabajo reconocer en el dibujo a su propio zaguán acompañado de la palabra *Zaguán*, el siguiente día se veía un aeropuerto y la palabra *Avión*, en la tercera la cosa se complicó un poco: sobre una maravillosa playa destacaba la palabra *Nungwi*, en la cuarta se veía el perfil de una costa y la palabra *Zengi*, en la del siguiente día *Indico* destacaba sobre un océano de un intenso color azul, en la siguiente dentro de, al parecer las mismas anteriores aguas, emergía la palabra *Buceo*, en la penúltima el contorno de un continente acogía *África*, y en la última un hotel paradisiaco se rotulaba con *Resort* y, justo debajo de esta última piedra, había una nota donde Martina, no sin cierta perplejidad, pudo leer: *¿Te gusta el destino?*

Natividad Martín Ciudad

LÁZARO

Lázaro, el hijo del alfarero, es básicamente un buen muchacho. Trabaja con su padre modelando el barro y la arcilla durante todo el tiempo que el colegio le queda libre. Le gusta modelar los diferentes recipientes que hace su padre por encargo, porque el darles forma y color le hace sentirse poderoso. Hace tiempo que está enamorado de Martina, la nueva maestra que llegó al pueblo. Se ha hecho el enconradizo con ella; la sigue en todos sus movimientos; observa y saca sus propias conclusiones, a todas las personas que con ella se relacionan. Para generar un halo misterioso en torno a él, porque cree que así puede avivar sentimientos positivos de Martina hacia sí mismo, ha comenzado a dejarle piedrecitas pequeñas de los modelos sobrantes que hace con su padre, pintándolas de brillantes colores.

A pesar de que se ha insinuado a Martina en distintas ocasiones, esta no parece prestarle mucha atención. Más bien ninguna. Así que ha decidido ir a por todas y, de alguna manera, confesarle, directamente, lo que siente.

Hoy, debajo de su piedra de color rojo, le ha dejado una nota con el siguiente mensaje: "Martina, déjame ver tus ojos. ¡Tus grandes ojos oscuros! Déjame verlos, déjame mirar muy dentro de ellos, por si en el fondo hubiera un pensamiento para mí, un minúsculo y anhelado pensamiento para mí. Te espero esta tarde, a las seis, en el macizo de flores a la salida del colegio. Si no vas, entenderé que no tienes ningún interés en mí".

Y, muy nervioso y alterado, cerca de la hora citada, ha dirigido sus pasos hacia el lugar indicado.

Blanca Fajardo

MENSAJERÍA CASERA

Viernes, 8:42 de la mañana. Todavía no ha visto la nota de hoy. Hace rato que tiene el ojo pegado a la mirilla de su puerta y sabe que Martina no ha salido por la puerta de enfrente. De lunes a viernes, su vecina sale de casa a las 8:40 de la mañana. Algunos días un minuto arriba y otros días un minuto abajo, pero nunca más tarde. Está nervioso por ella, se le va a hacer tarde. Es extremadamente puntual porque hay un taxi que la espera en la calle a las 8:45 para llevarla al hospital San Pedro de Alcántara, concretamente al Servicio de Rehabilitación donde tiene una dura sesión de hora y media aproximadamente, a dolor, para activar sus dormidas piernas. Martina nació así, con parálisis en las extremidades inferiores, se lo ha contado el portero, que se sabe la vida de todos los vecinos. Según el portero, se sometió a esta última operación, tan dolorosa, por contentar a sus padres, aunque ella tiene asumido que no andará nunca. A él le gusta así, no la cambiaría por ninguna otra, pero todavía no se lo ha dicho. Cada día le deja un mensaje anónimo junto al felpudo de su puerta, bajo una piedra redonda.

Va corriendo hasta la ventana de su salón y comprueba que el taxi ya está abajo. Corre de nuevo hasta la mirilla, no se quiere perder el momento en el que ella sale por su puerta, mira al suelo y levanta la pequeña piedra que sujeta la nota de papel manuscrita. Le encanta cómo se le ilumina la cara. La lee de inmediato, allí mismo, mientras espera el ascensor. Es fundamental para él ver la expresión de su cara al leer la nota. Eso le dará una pista de si va por buen camino. Hoy se la ha perdido por ir a comprobar si había llegado el taxi. Ahora le tocará esperar la respuesta con un poco más de incertidumbre. Ya estaba frente al ascensor esperando que abriera sus puertas impecablemente vestida y maquillada. Al menos la ha visto, aunque solo sea a través de un circulito de dos centímetros de diámetro.

Cree que es muy valiente al aceptar este juego. Ella no sabe quién le escribe. Podría ser un desalmado o un psicópata. Aunque haya hecho sus cuentas, en el rellano del piso viven siete vecinos. Esas silenciosas puertas ocultan la vida y los secretos del que puede ser su potencial interlocutor. Ella siempre le deja su contestación al día siguiente bajo esa misma piedra que él recoge mientras está en rehabilitación. Está deseando decirle en persona que sus intenciones son buenas y que está deseando poder hablar con ella, pasear, reír y lo que les depare la vida.

En su último mensaje le dejó su dirección de correo electrónico y su número de móvil. Es un paso más en su relación. Arriesgado, porque si no recibe ningún correo o ninguna llamada, significará que ella no quiere continuar. Y él no podrá insistir, porque querrá respetar su decisión. No se separa de su teléfono móvil desde donde puede comprobar también la bandeja de entrada de su correo. La nota de los viernes siempre tiene respuesta los lunes, por eso el fin de semana se le hará largo.

Viernes, 16:45. Su teléfono móvil suena. Número desconocido.

Ángela Velasco Bello

CANTOS DE UNA VIDA

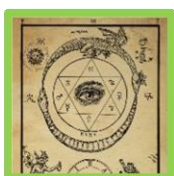
Con el paso del tiempo olvidé las piedras decoradas con fotos impresas que encontraba en el zaguán. Entonces era una adolescente que soñaba con ser escritora y publicar al menos una página. Por eso pensé, cuando leí su nota de despedida, que quien las dejaba debía conocerme muy bien.

“Dejas el tiempo de tu vida sobre el papel, igual que aquellos que te leen. Yo lo he dejado en los cantos rodados que te he ido regalando. Esta es la última entrega”.

Hoy, al revolver los papeles en casa, he descubierto que eran de papá. Con su caligrafía perfecta explicaba el significado de aquellas imágenes, en ese estilo tan suyo enrevesado y grandilocuente...



La piedra de David estaba escondida en una mano. Nadie se fijó en ella al admirar su cuerpo desnudo. Ni en la correa que portaba sobre su hombro. Igual que él, creí que podría cambiar el mundo, derrotar al injusto poderoso. Pero los reyes pérfidos me enviaron a los filisteos. La mujer que quiero ha sido mi arma.



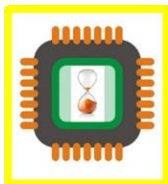
La piedra filosofal fue la clave de la alquimia. Una fantasía para convertir el barro en oro. Un ideal para buscar la fuente de la eterna juventud. Así afronté mi trabajo, pero acabé sumido en hipotecas. Descubrí que la salud se quiebra con el paso de los años. Me defendí con la coraza de un romántico soñador.



La piedra de la locura decían que estaba en la cabeza. Trepanaban cráneos para huir con la hacienda del enfermo. Mentirosos ladrones fugitivos. A mí me han querido moldear el pensamiento. Con publicidad engañosa sobre la felicidad. Sin embargo, preferí escuchar mi propia voz, aunque estuviera equivocada.



La piedra de Rosetta permitió descifrar las lenguas. Cualquiera podía entablar conversaciones. Pero Babel siguió existiendo como Torre de culturas condenadas a no entenderse. Me ha tocado vivir un mundo global. Estamos más cerca. Pero percibimos el absurdo de las modas que impone cada tribu.



La piedra de silicio es la más común en la Tierra. Con ella se fabrican obleas de transistores que alimentan los ordenadores. El cuarzo proporciona relojes que sincronizan el flujo de la información. Ahora veo cómo la arena es el principio y final de todo. Nada ha cambiado. Excepto el saber, que ya no es materia, sino puntos digitales más frágiles que la palabra.

... He perdido la caja donde guardaba las piedras y mis escritos. Pero he publicado esta hoja. Y tú me has dado un trozo de tu tiempo al leerla. Papá siempre me ayuda, aunque muriera ayer.

Antonio Polo Márquez